El Político y el Payaso

daniel bernardo grimberg

Image not found.

Capítulo 1

El Político y el Payaso (por Daniel Bernardo Grimberg)

“La fortuna es una constante en nuestro pensamiento. Algo por lo que afanosamente nos preocupamos y en lo que ciframos nuestros esfuerzos. Seguimos a esa luz, y valoramos al electorado según las majestuosas posibilidades de hacer dinero que nos dan. Y ni en sueños ni silencios rompemos ese tesón. Nuestra sed vitalicia es el dinero, por este hacemos creíbles artificios para convencer a la sociedad. Porque el país es la construcción que hacemos y el beneficio que nos de nuestra alianza con las multitudes”, dijo el hombre al que la luz no chocaba con su cara.

E instruyó a que no se dé lugar a los recursos plañideros ni a itinerarios de sospecha en los que algunos se emperraban, sólo había que marcar bien al territorio.

Los votos de la población servirían para arrancar; esperaba con ingenuidad y placidez liderar la lista en la que no incluiría a elementos facciosos. Su presencia se enredaría en algunos suburbios norteños, porque no quería que los opositores hicieran trampas. Enseguida comentó con los políticos que tenía enfrente, a algunos de los esplendorosos actos que se disponía a hacer.

A su izquierda se destacaba el abultado perfil un individuo de ancha sonrisa y melindrosa personalidad. Esto sostuvo que sería desagradable si la gente no se arrimara a donde estaba la verdad. Sus precauciones habían sido implicadas en los viajes que había hecho por el país; ahora debían realizar una elección de acuerdo a lo deseado que asimismo era lo racional.

Por cierto, las tres figuras se disolverían rápidamente de esa reunión atravesando a un hall con anchos pasillos, y no surgiría alguien dentro del colectivo que les reproche, les replique, o los rechazara por algo que se habían denodado en reglamentar. Los tres querían continuar con las delicias del pasado, o bien inaugurar una nueva etapa de alucinación.

Al rato, dos de los tres se entretuvieron con bromas, y continuaron hablando con ocio y picardía de lo que harían cuando reforzaran su poder. No necesitaban imaginarse heroicos, ni resplandecer con inacostumbradas epopeyas, sólo tenían que inflar las tendencias en los números. A lo sumo,

medirían estadísticamente cual era la potencia de los obstáculos antes de que se introdujesen con vértigos los nuevos crepúsculos.

Concebían que la sociedad por sí misma no era capaz de nada. Ellos representaban al rigor de la civilización, pese a lo cual de tanto en tanto la barbarie retornaba. Con pulsos acelerados, describieron a sus éxitos futuros cuando su fuerza se consolidaría a partir de los fatales abusos que les harían a las matemáticas. No habría negaciones a sus programas de gobierno, ni una invasión de críticas malintencionadas, únicamente pondrían sus cartas sobre la mesa en la hora cero, en la que quedaría dividido lo remoto.

- "¿De qué sirve el poder si no nos diera la oportunidad e hacer lo que se nos da las ganas?", preguntó el más jocoso, cansado de haber descifrado un número alto de bemoles, y sintiéndose con el derecho a engreírse debido al homenaje que la semana pasada los demás políticos le habían hecho debido a su apasionada trayectoria.

Entonces adujo que estaba saturado con trabajo y que sentía un gran afecto por los compañeros, a los que abriera de par en par a las puertas de sus nuevas oficinas. Y con esa misma fe monástica, hizo una profunda negación de los infelices recordatorios de Demetrio Callas, que era un enajenado y estupefacto divagador que pretendía rasgar los velos que tapaban (protegían de ojos indiscretos) al Estado. Por este no sentía culpa, pero sí una lejana responsabilidad por no haber sabido cómo detenerlo. Esa reunión había tenido como finalidad hacer una operación deliberada y artificiosa en contra de ese sujeto, un juego sagaz que si lo jugaban con corrección devendría en un milagro. El hombre tanteó varias opciones que no ostentaban un valor absoluto.

"El confiar demasiado en el electorado también entraña el riesgo de perder", dijo, "por lo que hay que anular a Callas, y unas pocas remisas de plata bastarían".

Además, calificó a los cargos a distribuir de acuerdo a las dimensiones de las arcas públicas que les correspondían. Su comisión eran que se dieran condiciones armoniosas y menguaran la precipitación y el riesgo.

- "Un poco dinero e la insustituible paradoja con que desarticularemos a Callas antes de las elecciones", dijo, y agregó que al rumor de una entrante gloria histórica no tenía nada de incierto. .

Pronto daría a conocer la pulseada que haría con el propósito de ensalzar a su erudición y denunciar que Demetrio Callas era uno más de los de su estirpe (aunque… antes que nada, había que separarlo por disparatado y porque sus términos no eran jubilosos).

Los dos habían cesado de conferenciar con el famoso interlocutor, (al que no le importaba el barro que había que pisar, y cuya voz se mantuvo rugiente en los oídos de los otros a pesar de haberse ido). Por encima de las meras coincidencias, ese hombre le había dado su aprobación para que no fueran entretenidas funestas repeticiones.

Leónidas Santoro se mostraba frente a las cámaras de televisión de la misma forma que si estuviera sentado en la bodeguita que tenía en el subsuelo de su mansión. Distendido, afincado en una innata amabilidad, y seguro de tener una impecable ascendencia sobre los oyentes, siempre se arrimaba a los canales cualquieras fueran las horas o las circunstancias. Y a sus obras las traducía como roturas de las impurezas de las noches y promesas de una mañana eterna.

Quien entonces lo escuchaba, era Alois, otro político de raza que reaparecía de a ratos para mostrarse con dramáticas flemas de componedor. Y quien no aceptaba que hubiera un idiota que comprometiera las osadías ocultas de los políticos, al revelarlas.

- "Ese hombre espera que salgan imposibles colores en el cielo, y ronda por los programas periodísticos como un león enjaulado", le dijo a Santoro.

Demetrio Callas, con su estilo inquieto, se atrevía a desparramar sobre los muros a sus fornidas sombras. En cambio, Santoro era un edificador que aseguraba que adelantaba al país, y que retrocedía con obvia repugnancia frente al vacío por el que pugnaba Callas.

- "Hay mucha vaguedad en su llamado a eliminar el estigma y concretar una incierta liberación… esas son sobradas fantasías"., solía decir Santoro a la par de citar versos gauchescos en el medio de los emotivos debates en la legislación (lo hacía con brusquedad y despreciando a narrativas más modernas). Ese Callas se trataba de un alocado que, si se lo atajaba a tiempo, no molestaría más.

Santoro mantenía la cortesía de dejar que cada cual pensara lo que quisiera. Eso estaba en consonancia con su espíritu democrático, con sus abigarradas enunciaciones dogmáticas, y su preocupación en ocuparse de los mínimos detalles. Esa era su momento y a los anhelados cambios los estaba viendo llegar.

Ese hombre se había hecho la fama de dar un fuerte respaldo a la cultura. En chanza decía que como el mundo estaba medio loco, este debía basarse en la inquebrantable inspiración de los artistas. En esas cosas pensaba, cuando de golpe se armó de un coraje perfecto y gritó que no toleraría a la tiranía del pueblo sobre los políticos, como auspiciaba el charlatán de Callas, ni que este se metiera a joder. De sus alzados puños emanaba una brutal decisión, pero enfocando con resignación a sus ojos

oscuros anunció planes más calmos.

Definió al desesperanzado Callas como un espécimen indefinido de intelectual, alguien de imprecisa filiación, que afirmaba que había mucha corrupción, con desvergüenza y ausencia de escrúpulos. En sus pocas sesudas cátedras no se ataba a nada; no tenía un propósito propio, su empeño se limitaba a demostrar la debilidad del sistema.

- "Ese hombre crea fricciones repudiables sin admitir las dificultades que conllevaba el gobernar. Conjura argumentos arbitrarios, está a favor de lo que no funciona, y da centralidad a las tonterías. Sus peroratas son martillazos de goma espuma que golpean mi cabeza", dijo.

Estaba harto de Callas, y no permanecería ajeno contemplando a su patetismo sin hacer nada.

- "Con su errático fervor Demetrio Callas expande su vanidad sobre mudas audiencias. Habla de desastres económicos y aprensiones continuas, con el designio de crear un cronograma trasnochado. Se declara en contra de la impura casta de los políticos y de sus vejaciones, lo que no deja de ser una inmundicia", agregó.

Santoro movió la cabeza y torció sus labios, a sabiendas que le correspondía instaurar una relación profesional con ese tipo. Se había contrariado con convulsiones espontaneas de su garganta, cada vez que la personalidad central del Partido, y Alois le pidieron que no permitiera que su estupidez se hiciera excesiva. Él los había convencido con sus letanías, que incluían ascensos del tonos que gradualmente descendía, que manejaría bien al asunto.

- "Ese hombre (Callas) no se siente llamado a defender ese presente democrático que tanta sangre ha costado tanta sangre conseguir", también arguyó.

Ese personaje de febril mentalidad evidenciaba mucho disgusto hacia los políticos, a los que les adjudicaba ser partícipes de un complot mezquino y difícil de creer. Y no faltaban los que celebraban a sus cuentos que eran narrados bizarramente. Con maledicencias instaba a que se hicieran reformas, y a entablar disciplinas que se oponían a los afanes contemporizadores de los políticos de raza. Ya había dejado de ser un fantasma que merodeaba por ahí… y el odio era un sentimiento que se acentuaba en su rostro durante los encajes ridículos con que hacía rechinar sus dientes.

Durante esa reunión con Alois (y el otro que por sus obligaciones había tenido que partir), Santoro consideró que Callas sólo sabía hacer astrologías. Y se comprometió a no hacerle quiméricas concesiones (únicamente los suficiente para quitarlo de la política). Le resultaba

curioso cómo se había hecho célebre alguien tan patético, y más bien le molestaba que la gente lo entronase como si fuera alguien de la nobleza, o que su público aplaudiera con victoriosas resonancias a lo que decía. Porque eran salvajes faltas de respeto los que transmitía con sus altisonancias. A ese turbulento engendro no le importaba la normalidad del país. Y como siempre, sostenía que había una desmesurada prepotencia en los políticos que ganaban sueldos astronómicos (según él, esos datos no eran manifestaciones alarmistas, sino que surgían de serios informes).

La conclusión enarbolaba por Callas era inentendible: el país desde hacía medio siglo retrocedía, y cada gobierno a lo único que guardaba fidelidad era la rapiña. Y el pueblo aceptaba con impotencia y resignación al descontrol que armaban aquellos que únicamente buscaban distraerlo.

- "Los políticos ascienden la función pública con el irreductible fin de enriquecerse hasta hacerse millonarios", solía decir el caradura con una pululación de sonrisas que retorcían todavía más a sus rasgos.

Demetrio Callas hacia certeros contactos con las cámaras de televisión, llenando a sus ojos con estrepitosos pestañeos y sometiendo a la audiencia a sus vocablos nerviosos.

Leónidas Santoro se preocupó grandemente porque el hombre hacía oír a sus infundios. Y no propiciaría con demorados silencios a esas invenciones. Sus desopilantes controversias se revolvían en contra de lo provechoso que tenía la democracia. Porque la ecuación feliz que ineludiblemente sacaban a relucir los políticos, era que los militares habían sido los "malos de la película" y a ellos jugaban el papel de "buenos". Cualquier persona sensata debía admitir que el descalabro que hacían a nivel financiero, era algo insustancial que a lo sumo adquiría un carácter secundario.

- "Los políticos siempre han sido personas bien encaminadas cuya meta (de un brillo casi absoluto) consiste en contribuir a la grandeza del país. Por lo que las vehemencias de Demetrio Callas sólo son soportables si se las toma como afluencias anecdóticas de un despreocupado narrador. Este olvida que no ocupamos las altas magistraturas por circunstancias baladíes, sino por razones de peso histórico. Es decir, somos los que nos pusimos en n contra de la impunidad de los militares y de sus derroteros diabólicos. Exigirnos algo más sería remover los intereses fundamentales de la Republica", declaró otra vez Santoro, centrándose en las cuestiones éticas que iban más allá de sus intimas convicciones.

Si ellos creaban intratables variantes en la economía, era porque les correspondía beneficiarse de esta para, al menos, mantener condiciones dignas de vida. La difícil tarea de manejar al Estado los obligaba a clasificar a lo confuso, regir a los hombres en sus inconmensurables

destinos, y rebasar los límites de moderación de sus temperamentos con un justiciero afán. Callas no entendía que no eran simples administradores que se angustiaban y se sometían a circulares periodos de intranquilidad, sino los iluminados que aportaban al orden en el medio del desconcierto. Los políticos habían traído la democracia sin la cual el pueblo hubiera marchado a la aniquilación.

Y como había mencionado el hombre que con su gran estatura precedió a esos espontáneos testimonios de Santoro y Alois, constituía una genuina tradición que los gobernantes acumularan junto a destacados privilegios, a silenciosas fortunas. Ellos eran los que daban un nombre y una escala internacional al país. ¡Era imprescindible que se los respetara como la argamasa que daba consistencia al edificio de la nación!

Por tales sumatorias de causas, Leónidas Santoro entendió que nunca serían excesivamente prósperos los dirigentes, aunque el país se arruinara. Ellos compraban voluntades periodísticas, engañaban, y como un virulento contraste hablaban del futuro desarrollo (para promover mejor a los ideales colectivos no había mejor forma que alejarse del aquí y ahora).

Callas propagaba ideas ridículas: despotricaba sin cesar contra aquellos a los que no valora, acusándolos de haber llevado el país a sucesivas bancarrotas. Los culpaba de los fraudes, las crisis, y de todo lo malo que se le ocurría. Durante más de horas seguidas de shows televisivos, sembraba a sus profundos desalientos.

Como el político designado a tal efecto, Santoro maquinó una solución que reorganizara a la agenda política.

Acabaría con Demetrio Callas poniéndole el rótulo comodín de payaso, así su ardiente constelación de agravios no seguiría expandiéndose. El hombre tenía un innato gusto por ser visto, y a sus ironías bien las podía emplazar en un entorno burlesco.

Como sabía que tenía dificultades económicas, Leónidas Santoro le propuso montarle un espectáculo; lo introduciría a un escenario teatral en donde se luciría debido a sus notables cualidades histriónicas. Él (sin que existiera raras mezclas al aplicarse en ese procedimiento) pondría la plata. Otros cómicos harían chistes, y situándose al lado de encantadoras mujeres con pocas prendas, Callas difundiría a sus mensajes en el medio de la carcajada general.

La alegría se multiplicaría y gracias a su talento ganaría cientos de aplausos. Al retirarse, el público se levantaría radiante de las butacas (y el idiota se anularía definitivamente al adscribirse al género del

entretenimiento).

Demetrio Callas aceptó la propuesta. Y trabajó en aquello tan trivial con la idea de comunicar a fondo lo que había en su mente. Frente a las risas con las que se enfrentaba, no hubo en él balbuceos ni el ensimismado hablar de un derrotado. Sus conclusiones no eran diferentes ni se tornaban conciliadoras.

Despejándose de cualquier tentación anárquica, el payaso encontró en las tablas a un cauce de expresión punzante y utilitario. Por lo que, para encogimiento y desolación de Leónidas Santoro, no menguó su influencia en la sociedad. Y las críticas de ese tenaz adversario se hicieron cada vez más potentes.

Sin agitarse, Santoro notificó al Hombre que afirmaba que cuando ganara las elecciones haría Obras Extraordinarias, y a Horacio Alois, que le plantearía a Callas el plan B.

Había tratado de diluir sus andanadas verbales, restarle importancia, pero en cambio las había exacerbado hasta que su fama hizo imparables eclosiones. Pero con su sabio ofrecimiento al fin dejaría de cruzarse con los políticos: le propondría que se uniese a la lista política y ocupara una banca en la cámara de diputados.

Así, en un banquete del que fue su organizador, lo convocó solemnemente a que hiciera ese devoto sacrificio por la patria.

Fin (28-9-2019)